

sentaba una sendita de dos piés y medio de anchura, por la que comencé á caminar con paso en apariencia tan firme como el de mi guía, únicamente que por temor de que mis dientes se rompiesen unos con otros, me puce en la boca el pañuelo hecho veinte pliegues.

Durante dos horas bajé siempre dando vueltas y teniendo siempre tan pronto á mi derecha como á mi izquierda un precipicio escarpadísimo, y llegué á Louèche sin haber pronunciado ni una sola palabra.

— ¡ Infeliz! me dijo Willer, ya veis que esto no ha sido nada.

Saqué entonces mi pañuelo de la boca y se lo enseñé; todo él estaba cortado como con una navaja de afeitar.

### LOS BAÑOS DE LOUECHE.

Estaba tan fatigado al llegar á los baños de Louèche, que dejé para el día siguiente la visita que me proponía mi guía Willer y la comida que me ofrecía el posadero, reclamé en cambio la cama que ni el uno ni el otro pensaba mandarme hacer.

Al día siguiente entró Willer en mi cuarto á las nueve: era el momento de visitar los baños, pues los enfermos van á ellos antes de desayunarse. Mas gana tenía de dejarlos sumergirse á su placer en su piscina y de permanecer en la cama, á riesgo de perder aquella escena de ablucion que me habian dicho ser muy curiosa, pero Willer fué inexorable, y tuve que contentarme con catorce horas de sueño.

A veinte pasos de la posada, encontramos la gran fuente de San Lorenzo, que abastece los baños, pues otros doce ó quince manantiales de agua termal que brotan en las inmediaciones se pierden sin utilizarse en el Dala, y nadie ha pensado nunca en sacar algun partido de ellos.

El aspecto de los baños de Louèche es en todo distinto del que ordinariamente presentan los establecimientos de este género; la ablucion se hace no en gabinetes separados como en Aix, sino en comun, mezclados hombres y mujeres, lo que presenta un golpe de vista enteramente patriarcal.

Figúrese un estanque de la Escuela de natacion, y rodeado de una galería embaldosada con dos puentes perpendiculares uno á otro formando por su reunion una cruz latina, y en cada una de sus divisiones unos treinta bañistas apiñados, resultando para las cuatro un total de ciento veinte personas herméticamente encerradas en peinadores de franela, y no dejando ver á flor de agua mas que una coleccion de cabezas empelucadas ó engorradadas á cual mas grotescas. Agréguese á esto que cada una de aquellas cabezas tiene delante de sí una tabla de pino ó un corcho sobre la cual, con el auxilio de las manos, cuyos brazos no se ven, hace todo lo que tiene que hacer, come, bebe, hace calceta, juega á los naipes, y todo con tanta mas soltura y facilidad como que posee además un asiento movable que le sirve para cambiar de sitio, y con el que se coloca como le conviene, tan pronto en una esquina, tan pronto en otra, no teniendo para trasladarse mas que mover su mesita que le sigue por medio de un hilo, y el taburete invisible atado á la parte del cuerpo que no se ve en la superficie del agua. Además, la frecuencia de esos cambios de posicion varia segun el carácter de los bañistas. Hay tal personaje apático que se está sus dos horas con la nariz vuelta hácia la pared y sin moverse de donde se ha colocado; tal político que se duerme leyendo un periódico cuya parte inferior se empapa en el agua

y se encuentra descompuesta hasta el título cuando se despierta; tal enredador que se pasca en todas direcciones, teniendo siempre que decir algo al bañista mas distante: tropezándolo y derribándolo todo para llegar hasta él, hablando á un tiempo á su hijo que llora en el puente, á su mujer que no sabe jamás dónde encontrarle, y á su perro que ladra dando vueltas al rededor de la galería.

Los tres primeros estanques que visité me presentaron el mismo aspecto; únicamente el último me ofreció un episodio que no olvidaré jamás.

En medio de aquellas ridículas cabezas aparecía el rostro pálido y melancólico de una jóven de diez y ocho años casi: no ocultaba sus negros cabellos bajo el gorro ó cofia de los demás bañistas; tenia cubierta su mesita no de vasos ni tazas, sino de rhododendron, genciana y no me olvidés (mio sotys) con que hacia un ramillete. El agua termal daba á estas plantas un brillo y una frescura que no podía dar á aquella jóven; parecia una flor muerta y arrancada de su tallo, en medio de aquellas flores vivas con que adornaba su frente y su pecho, cantando como Ofelia, loca y dispuesta á morir, cuando solo su cabeza y sus manos salian aun del arroyo en que se ahogó.

Es muy posible que si yo hubiera hallado aquella jóven en el paseo, en el baile, en el teatro, en cualquiera parte, en fin, fuera de aquella reunion, no hubiese fijado mi atencion en ella; quizá su cuerpo me hubiera parecido desgarbado, ordinario su modo de andar, desagradable su voz: hubiera pasado delante de mí como por delante de un espejo, refle-

jándose en él, pero sin dejar recuerdo alguno; mas allí, en aquel cuadro esculpido por Callot, yo veré siempre en ella una virgen de Rafael.

Después de haberla mirado bien, cerré los ojos y me alejé sin preguntar su nombre ni su edad; y apenas había andado cuatro pasos oí decir al médico, hablando de ella: *¡Dentro de un mes habrá muerto!*

Sofocado en aquella atmósfera fúnebre entre aquellas húmedas paredes, salí enteramente bañado de sudor. El cielo estaba cubierto de su velo azul, la tierra llevaba su traje de gala.

*¡Dentro de un mes habrá muerto!*

¡Muerta en medio de esta naturaleza tan jóven, tan robusta y tan viva!

Pasé por delante del cementerio y volví á recordar estas palabras cual un eco:

*¡Dentro de un mes estará muerta!*

Así desde ahora ya pueden los padres de esta hija querida hacer venir al sepulturero y decirle: — Poneos á trabajar sin perder tiempo, porque esa hermosa jóven que veis, que Dios nos había dado con una sonrisa, la que causaba nuestra alegría en el pasado, nuestra felicidad en lo presente y nuestra esperanza en el porvenir, *¡dentro de un mes estará muerta!*

*¡Muerta!* es decir sin voz, sin aliento, sin miradas; ella cuya voz es tan armoniosa, cuyo aliento tan puro, cuyo mirar tan dulce!

Todos los días, por espacio de un mes veremos apagarse una chispa en sus ojos, un sonido en su boca, un latido en su corazón; después, al cabo de este mes, á pesar de nuestros cuidados, nuestras penas, nuestras lágrimas, llegará una hora en que

se cerrarán sus ojos, en que su boca quedará muda, en que se hallará helado su corazón. El cuerpo será un cadáver, la que creemos nuestra hija será la hija de la tierra, y su madre nos la volverá á pedir...

¡Oh! ¡qué cosa tan maravillosa es la ciencia que puede así pronosticar al hombre uno de los dolores mas atroces de la humanidad! Pero, ¿no debería matarse al médico que deja escapar de sus labios semejantes palabras?

Tres cuartos de legua casi había yo caminado tan preocupado con el recuerdo de aquella jóven, que había olvidado completamente mi camino y el objeto adonde debía conducirme, cuando Willer me cogió por el brazo y me dijo: — Ya hemos llegado.

Efectivamente, nos encontrábamos en una especie de gruta, teniendo encima de nosotros una cumbre de un peñasco perpendicular de ochocientos piés de altura, al pié del que corre el Dala, y á nuestra izquierda la primera de las seis escalas que establecen una comunicacion entre Louèche de los Baños, y la aldea de Albinen, cuyos habitantes se verian obligados á dar un rodeo de tres leguas para ir al mercado, si no hubiesen abierto este camino aéreo.

Es preciso realmente ver este paso si se quiere formarse una idea de la maravillosa osadía de los habitantes de los Alpes. Después de haberse echado en el suelo por miedo de perder la cabeza para mirar á ochocientos piés de profundidad las espumosas aguas del Dala, es preciso levantarse, subir la primera escala, ayudarse con las manos y los piés para agarrarse á la punta de la peña sobre que está

puesta la segunda, y llegó á aquella parte en el momento en que uno dice á su guía que ninguna criatura humana puede aventurarse en semejante camino, oirá una tirolesa cantada en los aires, y á cien piés encima de uno suspendido sobre el abismo, verá á un aldeano cargado de frutas, á un cazador con su gamuza ó á una mujer con su hijo que se encaminan hácia donde el viajero se halla, con el mismo desembarazo y ligereza que si anduviesen por la verde falda de una de nuestras colinas.

Willer me preguntó si queria continuar mi camino de ascension. Le dí las gracias. Se echó á reír. — Esto no es nada, me dijo, ahí viene una mujer. Ya la vereis trepar.

En efecto, una muchacha llegó de los baños siguiendo el mismo camino que nosotros habíamos traído, subió la escala que acabábamos de dejar, y pronto apareció en el estrecho rellano en que apenas había sitio para los tres, despues continuó su camino sin mas precaucion que recogerse por detrás su vestido, llevarlo adelante, y sujetárselo á la cintura con un alfiler, de modo que le sirviese de pantalon en vez de enaguas.

Mirábamos cómo subía, cuando apareció bajando un hombre en la cuarta escala. El caso era difícil no habiendo lugar para dos por aquel camino. ¿Cómo van á hacer ahora? pregunté á Willer.

— Ya vereis.

En efecto, aun no habia concluido de decírmelo, cuando ya lo habia visto.

El hombre, con una galantería de que muy pocos de nuestros *dandys* serian capaces en semejantes circunstancias, habia dado media vuelta, y pasando por el revés de la escalera, bajaba por un lado

mientras la muchacha subía por el otro; encontráronse en la mitad, dijéronse algunas palabras y continuaron su camino.

Pareció increíble.

El hombre pasó junto á nosotros:

— ¿Habeis visto á ese mozo? me dijo Willer al verle alejarse.

— ¿Y qué?

— Esta tarde á las siete habrá bebido sus cuatro botellas de vino, saldrá de la taberna borracho perdido, y caerá treinta veces en el camino desde los baños hasta la primera escala, lo que no impedirá atravesar aquel pasaje y llegar á su casa sin novedad.

Diez años hace que el bribon tiene este oficio.

— Si, y el mejor día se matará.

— ¿Quién? ¿él? ¡Pues ya!... bajando la escalera de su bodega quizá, pero aqui nunca. ¿Pues que no hay un Dios para los borrachos?

— Querido amigo, me parece que yo no estoy en gracia de ese Dios, porque empieza á mareárame la cabeza.

— Entonces bajaos pronto y no vayais á hacer como Mr. B...

— ¿Quién es ese Mr. B?... le dije cuando me hallé en tierra firme.

— ¡Ah! ¿M. B?... Venid por aquí; voy á contároslo.

Pusímonos en camino, y continuó Willer:

— Mr. B. era un agente de cambio.

— Sí, le dije. Un vago recuerdo pasó por mi cabeza.

— Se habia arruinado y habia arruinado á su

mujer y á sus hijos, jugando sobre los fondos públicos: vos que sois de París, debeis saber lo que es eso.

— Muy bien.

— Pues se habia arruinado. ¡Bueno! ¿qué hace? asegura su vida, ¿comprendeis? su vida: es decir, que si moria heredaba quinientos mil francos. Yo no concibo esto bien, porque es un embolismo de mil diablos; pero es igual, vos lo entenderéis acaso.

— Perfectamente.

— Tanto mejor. Pues héte aquí que viene á Suiza en compañía de otros. Un dia almorzando dijo una señora: Vamos á ver las escalas. — ¡Ah! sí, dijo Mr. B.... Vamos.

Despues del desayuno montan en sus mulos, bueno: toman un guia. Mr. B. que tenia su idea, dijo: Yo quiero ir á pié, y fué á pié.

Al llegar aquí, mirad, sobre aquella pequeña cuestecilla que parece nada... No os arrimeis tanto á la orilla, que es muy resbaladiza y hay quinientos piés de profundidad debajo.

— ¿En qué estaba?

— En que al llegar aquí...

— ¡Ah! sí. Pues héte que al llegar aquí, deja que se pasen delante todos los demás, se sienta y dice á su guia: Vé á buscarme una piedra muy gorda, ¿entiendes? muy gorda. — Bueno. El otro va, no sospechaba nada. A los cinco minutos vuelve con un morillo que le costaba trabajo de llevar. — Aquí teneis uno famoso, le dijo, si no os gusta sereis difícil de contentar.

Buenas tardes, ya no habia nadie. Unicamente se veia en la yerba un pequeño resbalon que iba des-

de el sitio en donde se habia sentado, hasta el borde del precipicio. No es menester preguntar si el guia dió gritos. Acudió entonces todo el mundo. Un caballero de los que iban allí, le dijo: amigo mio, aquí tienes un luis, trata de mirar en el abismo. El guia no se hizo de rogar. Se agarró como pudo á estos matorrales tanto, que llegó á mirar por el agujero.

— ¿Y bien? le dijo el caballero.

— ¡Ah! vedle allí en el fondo, respondió el guia.

— Ya lo veo.

No habia duda, pues que le veia.

Entonces la sociedad volvió á los baños; se hicieron venir hombres para buscar el cuerpo: el guia los dirigió.

Cinco horas despues trajeron dos cestos llenos de carne humana: eran los restos de Mr. B...

— ¿Se habia matado con intencion de matarse?

— Jamás se ha sabido. La compañía de seguros le quiso entablar un pleito como á suicida, mas parece que Mr. B... ha ganado, pues ha heredado quinientos mil francos.

Yo habia ya oido contar esta historia en París, pero confieso que me habia hecho menos impresion que la que me causó en el mismo sitio en que sucedió, hasta tal punto que cuando Willer hubo concluido, me ví precisado á sentarme, las piernas me flaqueaban y corria el sudor por mi frente.

¡Extraña organizacion de nuestra sociedad, que para el desarrollo de su industria y de su comercio da á un hombre la idea de semejante sacri-

ficio, y le permite negociar hasta con su muerte! — por pesimista que sea, es preciso confesar que estamos muy cerca de la perfeccion.

Un cuarto de hora despues de esta relacion nos hallábamos en la plaza de Louèche de los Baños. Cerca de la fuente habia una gran reunion, unos viajeros hacian cocer una gallina en el agua termal. Esta operacion era demasiado curiosa para que yo no la siguiese hasta su fin; dije á Willer que fuese á pagar al posadero, y viniese á buscarme allí con mi bagaje.

Al cabo de veinte minutos me encontró comiendo un alon del animal, en quien en honor de la verdad debo decir se habia hecho en su punto la experiencia: aquel alon me habia sido ofrecido por el propietario de la gallina, que viendo el interés que tomaba yo en el experimento, me habia juzgado digno de que apreciase sus resultados.

Por mi parte le ofrecí un vaso de kirchenwaser, que rehusó con mucho sentimiento, pues el pobre diablo no bebia mas que agua, y agua caliente.

Despues de estos cumplimientos nos pusimos en marcha para Louèche-le-Bourg. A la mitad del camino se detuvo Willer para enseñarme la aldea de Albinnen, á donde conduce el paso de las escalas que habíamos visitado dos horas antes. Esta aldea está situada en la pendiente de una colina tan escarpada, que las calles parecen tejados; por lo que sus habitantes, segun me contó Willer, se ven obligados á herrar sus gallinas para impedir que se caigan.

A las tres llegamos á Louèche-le-Bourg, que no ofreció nada notable, y donde no nos detuvimos

mas que á comer. A las cuatro atravesábamos el Ródano, y á las cuatro y media me despedia del buen Willer, para subir en una carretela de posta que debia llevarme la misma tarde á Brieg.

El camino que desde entonces seguimos era el que conduce al Simplon, al pié del cual se halla situado Brieg. Los vallesanos hicieron la carretera desde Martigny hasta esta ciudad, y los ingenieros franceses no comenzaron aquel maravilloso paso hasta mas de cien varas casi antes de las primeras casas.

Desde el momento en que me metí en este camino habia notado en el horizonte nubes amontonadas en la garganta del alto Vallés que se desplegaba delante de mí en toda su profundidad. Mientras duró el día lo tomé por una de esas tempestades parciales tan comunes en los Alpes; pero á medida que fué oscureciendo tomaron un color sombrío, que dió finalmente lugar á los resplandores de un inmenso incendio. Todo un bosque situado sobre la vertiente septentrional del Vallés estaba ardiendo, y hacia resplandecer á tres mil piés bajo de sí la helada cabellera del Finster-Ahorn y á la Yungfrau. Cuanto mas se cerraba la noche, mas rojo se volvia el fondo del cuadro, y mejor veia yo dibujarse los objetos en los términos intermedios. Anduvimos así siete leguas caminando siempre hácia el incendio, que á cada instante nos parecia íbamos á alcanzar, y que se retiraba delante de nosotros. Por fin divisamos el perfil negro de Brieg, pareciendo al principio salir apenas de la tierra, luego poco á poco se fué agrandando sobre el ensangrentado telon del horizonte como una vasta recortadura negra. Bien pronto no vimos del incen-

dio mas que una claridad fulminante á la extremidad de las cúpulas de estaño que coronan los campanarios; y en fin, nos pareció que penetrábamos en un sombrío y prolongado subterráneo. Habíamos llegado, pasábamos la puerta, entrábamos en la ciudad muda, tranquila y dormida cual Pompea al pié de su volcan.

### OBERGESLEN.

Brieg está situado en la punta occidental del Kunhorn, y forma la extremidad mas aguda de la union de los caminos del Simplon y del valle del Ródano. El primero, ancho y hermoso, se adelanta hácia la Italia por la garganta del Ganter; el segundo, que no es mas que un mal sendero estrecho y caprichoso, atraviesa rápidamente la llanura para ir á escaparse en el lado meridional de la Yungfrau, se hunde en el Vallés hasta que la reunion del Mutthorn y del Galenstock cierra este canton con la cima de la Furca, entonces vuelve á bajar desde esta cima con la Reuss, hasta que encuentra en Andermat el camino de Uri, en el que el pobre sendero entra como un arroyuelo en un rio.

En este último desfiladero me meti á pié al dia siguiente de mi llegada á Brieg: sali á las cinco de la madrugada de la ciudad, y tenia que andar doce leguas del país, lo que representa unas diez y ocho

de Francia. Agrégase á esto que el sendero va siempre subiendo.

Las primeras casas que se encuentran en este sendero son de una pequeña aldea llamada Naters en alemán y Natria en latín. Este último nombre le viene, dice una leyenda, de un dragón que se llamaba así y se lo legó al morir. Habitaba aquel dragón en una pequeña caverna desde donde se lanzaba para devorar los animales y las gentes que tenían la desgracia de aparecer en el círculo que le permitía abrazar la abertura de su cueva; y era tal el terror que se había difundido en las inmediaciones, que había interceptado toda comunicación entre el alto y bajo Vallés. Muchos montañeses, sin embargo, le habían atacado; pero como hasta el último todos habían sido víctimas de su valor, nadie se atrevía hacia mucho tiempo á exponerse á una muerte que miraban como cierta.

En este tiempo fué condenado á la pena de muerte un cerrajero que había asesinado á su mujer. Después de pronunciada la sentencia, el reo pidió combatir con el monstruo, y se accedió á su demanda, y se le ofreció además el perdón si salía vencedor del combate. Dos meses de tiempo pidió el cerrajero para prepararse.

Durante este tiempo forjó una armadura del acero mas puro que pudo encontrar, luego una espada que templó en el helado manantial del Aar, y en la sangre de un toro recién degollado.

El día y la noche que precedieron al combate, la pasó en oración en la iglesia de Brieg; por la mañana comulgó como para subir al cadalso, y después á la hora fijada se adelantó hácia la caverna del dragón.

Apenas le divisó el animal, salió de su roca desplegando sus alas, con las que se golpeaba el cuerpo con tanto ruido, que los mismos que se hallaban fuera de su alcance se espantaron. Marcharon los dos adversarios uno contra otro cual dos enemigos encarnizados, los dos cubiertos de su armadura, de acero el uno, y de escamas el otro.

Llegado á algunos pasos del dragón, bajó el cerrajero el puño de su espada, que era una cruz, y aguardó el ataque de su adversario. Este al parecer comprendía que no tenía que habérselas con un montañés comun.

Sin embargo, después de un minuto de vacilación se enderezó sobre sus patas traseras y trató de agarrar al condenado con las delanteras. La espada brilló cual un relámpago y derribó una de las patas del monstruo. El dragón lanzó un rugido, y levantándose con el auxilio de sus alas dió vueltas al rededor de su antagonista y le cubrió de un rocío de sangre. De repente se dejó caer como para aplastarle con su peso, pero apenas estuvo al alcance de la terrible espada, cuando describió un nuevo círculo y le cortó una ala.

El animal mutilado cayó en tierra arrastrándose sobre sus tres patas, desangrándose por sus dos heridas, retorciéndose la cola y bramando como un toro mal muerto por la maza del carnicero. Estrepitosas aclamaciones de alegría respondían de todas partes de la montaña á aquellos mugidos de agonía.

El cerrajero se adelantó valerosamente hácia el dragón, cuya cabeza á flor de tierra seguía todos sus movimientos, cual lo hubiera hecho una serpiente; únicamente que á medida que se aproxi-

maba el cerrajero, retiraba el monstruo su cabeza, que por último se encontró oculta bajo su gigantesco cuerpo. De repente y cuando creyó á su enemigo á su alcance desplegó aquella terrible cabeza, cuyos ojos parecían arrojar fuego, y cuyos dientes fueron á romperse en la buena armadura del cerrajero. Sin embargo, la violencia del golpe derribó á este, y en el mismo instante se echó encima de él el dragon.

Entonces hubo una terrible lucha en la que se confundían los gritos y los mugidos : de tiempo en tiempo se veía batir el ala ó levantarse la espada ; se reconocía bien en ciertos momentos la armadura bruñida del cerrajero cortando las resplandecientes escamas del dragon ; pero como el hombre no podía ponerse en pié, ni la fiera volver á tomar su vuelo, no se hallaban bastante aislados nunca los combatientes, para poder distinguir quién era el vencedor ó el vencido. Esta lucha duró un cuarto de hora, que pareció un siglo á los espectadores. De repente salió del sitio del combate un grito tan extraño y tan terrible, que no se supo si pertenecía al hombre ó al monstruo.

La masa que se movía se bajó como una ola, tembló un instante todavía, después en fin, quedó inmóvil. ¿El dragon devoraba al hombre? ¿el hombre había muerto al dragon?

Acercáronse lentamente con precaucion ; nada se removía : el hombre y el dragon estaban tendidos el uno sobre el otro. A veinte pasos en derredor suyo estaba cortada la yerba cual si un segador hubiese pasado por ella su hoz, y aquel lugar estaba empedrado de escamas que brillaban como polvos de oro.

El dragon estaba muerto, el hombre no estaba mas que desmayado. Se hizo al hombre volver en sí quitándole la armadura y echándole agua helada ; luego se le llevó á la aldea, que recibió en conmemoracion de este combate el nombre de *Naters* (víbora).

El dragon fué arrojado al Ródano.

Yo ví al pasar por Naters la gruta del monstruo ; es una excavacion de roca, abierta sobre la pradera donde se verificó el combate. Enseñáronme todavía el lugar en donde habitualmente se acostaba el dragon, y el rastro que habia dejado sobre la roca su cola de escamas.

Desde aquel sitio el sendero se une á la vertiente meridional de la cordillera de montañas que separa el Vallés del Oberland, y como es necesario hacer justicia á todo, aun el camino, confesaré que este es bastante practicable.

Detúveme en Lax despues de haber caminado diez leguas de Francia casi, y entré en un café donde me desayuné al lado de un buen estudiante que hablaba bastante bien el francés, pero que no conocía de nuestra literatura moderna mas que el *Telémaco*, que me dijo haber leído seis veces. Le pregunté si habia por aquellas inmediaciones algunas leyendas ó tradiciones históricas : meneó la cabeza.

— ¡Qué ha de haber ! me dijo, solamente se disfruta de una hermosa vista de la montaña que tenemos delante de nosotros, y eso en los dias que no hay niebla.

Políticamente le di las gracias y me puse á leer el *Noticioso vaudés*. Los que hayan leído este periódico podrán calcular el apuro en que me veía.

La primera cosa que encontré en él fué la sentencia de muerte de dos republicanos cogidos con las armas en la mano en el claustro de Saint-Mery.

Dejé caer mi cabeza entre mis manos y arrojé un profundo suspiro : ya no estaba yo en Lax ni en el Vallés, habiame trasportado á Paris. Levanté la cabeza, me eché al hombro mi morral, y con mi baston en la mano me puse en camino. ¡Hé aquí á lo que habíamos venido á parar al cabo de dos años!...

¡Cabezas rodando por las losas de las Tullerías, ó por el empedrado de la Greve, cuenta de partida doble llevada á favor de la muerte entre el pueblo y la monarquía, y escrita con tinta roja por el verdugo!

¡Oh! ¿cuándo se cerrará ese libro? ¿cuándo se le arrojará sellado con la palabra *libertad* en la tumba del último mártir!

Caminaba y estos pensamientos hacian hervir mi sangre : caminaba sin calcular ni la hora ni la distancia, viendo en derredor mio aquellas sangrientas escenas de julio y de junio, oyendo los gritos, los cañonazos y las descargas; caminaba, en fin, cual un calenturiento que se levanta de su cama y anda agitado por el delirio, perseguido por los espectros de la agonía.

De este modo pasé por cinco ó seis pueblecillos : debieron de tomarme por el Judío errante, tan taciturno y apresurado iba. Por fin, me calmó una sensacion de frescura; llovía á cántaros : aquella agua me hizo bien, no buscaba abrigo y continuaba mi camino, pero mas lentamente.

Atravesaba la aldea de Munster, recibiendo la lluvia sobre mi cabeza con la calma de Sócrates,

cuando corrió hácia mí un muchacho de quince á diez y seis años, y me dijo en italiano :

— Señor, ¿vais á la nevera del Ródano?

— Sí, jóven, le contesté inmediatamente en la misma lengua, que me habia hecho estremecer de placer.

— ¿Quiere el señor un caballo?

— No.

— ¿Y un guia?

— Sí, si eres tú.

— De muy buena gana, caballero, por cinco francos os guiaré.

— Te daré diez : ven.

— Necesito ir á despedirme de mi madre y á buscar mi paraguas.

— ¡Bueno! yo voy andando poco á poco, tú me alcanzarás en el camino.

Me volvió la espalda el muchacho, echó á correr con todas sus fuerzas, y yo proseguí mi camino.

¡Extraña organizacion la de nuestra máquina ! unas cuantas gotas de agua habian aplacado mi fiebre y mi cólera. Petion, amenazado por un molin, sacó la mano por su ventana, y se fué á acostar muy tranquilo, diciendo : Esta noche no habrá nada : llueve.

Y nada hubo.

Si el 27 de julio hubiera llovido, no hubiera habido nada... Se tiene mas miedo en Francia al agua que á las balas ; no se sale sin paraguas, pero se baten sin coraza.

En efecto , pensaba yo, cuando oí galopar tras de mí á mi pequeño guia. El pobre diablo me alcanzaba al fin, yo le habia hecho andar corriendo media legua.

- ¡Hola! ¿eres tú? le dije. Hablemos.  
 — Tomad primero mi paraguas.  
 — No, que el agua me gusta: pero toma tú mi morral.  
 — Con mucho gusto.  
 — ¿De dónde eres?  
 — De Munster.  
 — ¿Y cómo es que hablas italiano en una aldea alemana?  
 — Porque he sido aprendiz de zapatero en Domo-d'Ossola.  
 — ¿Tu nombre?  
 — Frantz en aleman, y Francesco en italiano.  
 — Pues bien, Francesco, yo voy no solamente á la nevera del Ródano, sino que desde allí bajaré á los Pequeños cantones, atravesaré los Grisones, un rincon del Austria, iré á Constanza, seguiré el Rhin hasta Basilea, y volveré probablemente á Ginebra por Soleure y Neufchatel. ¿Quieres tú venir conmigo?  
 — Sí quiero.  
 — ¿Y cuánto te daré al día?  
 — Lo que gustéis; siempre será mas de lo que gano en mi casa.  
 — Te daré cuarenta sueldos y te mantendré, y al fin del viaje te habrás ganado unos setenta ú ochenta francos.  
 — ¡Esa es una fortuna!  
 — ¿Te conviene?  
 — ¡Y mucho!  
 — ¡Pues bien! al llegar á la aldea inmediata, harás decir á tu madre que tu viaje en vez de durar tres días durará un mes.  
 — Gracias.

Francesco dejó su paraguas en el suelo, y dió una voltereta.

Despues conocí que este era su modo de expresar una extrema alegría. Acababa de hacer á uno feliz, y á poca costa como se ve.

Era además una admirable é ingenua confianza la de aquel muchacho que se unia con tanto candor y abandono á la compañía de un desconocido que pasando á pié por su pueblo le habia encontrado por casualidad y se lo llevaba consigo por capricho. Solo hay una edad en que la desconfianza no puede turbar semejante resolucion: un hombre hubiera exigido una prenda, aquel niño me la habria dado á mí si la hubiese tenido.

Al llegar á Obergeslen dijo á Francesco que habia marchado por la mañana de Brieg, y respondiome que habia andado diez y siete leguas italianas, por lo que juzgando que era lo bastante para un día, me paré en la posada.

Allí comenzó Francesco á prestarme sus servicios. Estaba él como en su casa, pues no habíamos caminado mas de dos leguas desde Munster, y conocia á todo el mundo en la posada, por lo que me dieron al momento el mejor cuarto y un fuego espléndido. Como me habia dejado empapar hasta los huesos, antes que pensar en la comida, fué una toilette tanto mas deliciosa quanto que estaba sazónada por el sentimiento egoista y voluptuoso del hombre que oye llover sobre el tejado de la casa que le abriga.

Oí un gran ruido á la puerta; corrí á la ventana y vi á un guia y un mulo que acababan de llegar á trote largo, precediendo cien pasos á lo mas, á cuatro viajeros que bajaban de la Furca cuando la

tempestad habia comenzado y que habian andado dos horas perdidos por la montaña.

Como venian entre aquellos cuatro viajeros dos damas que me parecieron jóvenes y bonitas, á pesar de sus cabellos caidos sobre el rostro y de sus mangas pegadas á los brazos, me dí prisa á añadir tres ó cuatro leños á la chimenea, hice un paquete de todos mis efectos que se hallaban espareidos por el cuarto, y me entré en el que estaba contiguo, llamé á Francesco y le encargué dijera al amo de la posada que podia disponer en favor de aquellas señoras de la habitación que me habia dado, y que se encontraba caliente, cosa que me pareció esencial, para viajeros que llegaban en el estado en que acababa yo de verlos.

A los cinco minutos recibia por medio de Francesco las gracias de aquellas señoras y de sus caballeros que me pedian permiso para mudarse de traje antes de presentarse en persona á mostrarme su gratitud.

Cuando entraron en mi cuarto me ocupaba en los preparativos de mi comida, que me invitaron á interrumpir, para que participase de la suya. Acepté. Eran dos hombres de treinta y cuatro á treinta y seis años, el uno francés, alegre, de talento, buen compañero, con la cruz de la Legión y un rostro franco, antiguo conocido de las calles y sociedades de París, en donde nos habiamos encontrado veinte veces como sucede entre gentes del mundo; el otro, pálido, grave y tieso, con una cinta amarilla y el rostro frio, hablando francés exactamente, pero con el acento necesario para probar su origen aleman; además completamente extraño á mis recuerdos. Aun no habian dado un

paso en mi cuarto y ya habia yo olfateado al compatriota y al extranjero; aun no habian hablado veinte palabras, y ya sabia quiénes eran.

El francés se llamaba Brunton y me recordaba el nombre de uno de nuestros mas distinguidos arquitectos.

El aleman se llamaba Kœfford y era gentil-hombre de cámara del rey de Dinamarca.

Despues de los primeros cumplimientos de costumbre, supe que las señoras estaban visibles, y en su consecuencia, Mr. Kœfford se encargó de presentarme á ellas mientras que Mr. Brunton bajaba á la cocina; indíqueme yo por si acaso, cierta marmita que cocia en el fogon y de la que se escapaba un olor suculento, y me prometió ocuparse de ella.

En las señoras hallé las mismas diferencias nacionales que en sus maridos.

Mi viva y linda compatriota se levantó al verme, y ya me habia dado gracias veinte veces antes que su compañera hubiese terminado la cortesía de etiqueta con que me saludó.

Esta era una mujer alta y hermosa, blanca y fria, sin mas fuego en todo el cuerpo que la moribunda chispa que se apagaba en sus ojos.

Las dos habian arreglado el desórden del tocador, y vestian con traje de mañana propio de la estación.

Apenas Mr. Kœfford entró, abrió dos ó tres *guias de Suiza*, desplegó un mapa, consultó un itinerario y muy pronto dejó á las señoras el cuidado de hacer los honores del cuarto que les habia cedido.

En cualquiera parte del mundo en que se encuentren, hallan los parisienses un motivo de con-

versacion, con cuyo auxilio pueden estudiarse, y bien pronto conocerse.

La ópera es la piedra de toque de buena sociedad que prueba á los fashionables. La ópera forma con sus abonados un mundo aparte en donde se habla esa lengua de los primeros palcos, que solo tiene uso para transmitir de la *Chaussée-d'Antin* al noble arrabal de San German las fluctuaciones de la Bolsa, las variaciones de la moda, y los cambios de ministerio de la belleza.

Tenia yo una ventaja sobre mi linda compatriota, y es que la conocia y ella no me conocia á mí: es evidente que trataba de saber á qué clase de la sociedad pertenecia yo, y no podia adivinarlo en el primer ensayo, cambió la conversacion y la hizo recaer sobre él arte en general.

A los diez minutos ya habíamos pasado revista á la literatura desde Hugo hasta Scribe, á la pintura desde Delacroix hasta Abel Pujol, y á la arquitectura desde Mr. Percier hasta monsieur Lebas. Yo conocia á los hombres mejor que las cosas, y hablaba mas sabiamente de los individuos que de sus obras. El espíritu de mi compatriota estaba siempre fluctuante.

Despues de un momento de silencio, algunas preguntas que le dirigí sobre su salud hicieron virar de bordo la conversacion, que entró viento en popa en la medicina. Mi espiritual antagonista padecia de una nevralgia. Esta es, como todos saben, la enfermedad de los que necesitan tener una. Cuando oís salir de la boca de una mujer estas palabras: ¡tengo un horrible mal de los nervios! podeis inmediatamente traducirlas por estas: esa señora tiene de veinte y cinco á ochenta mil francos

para gastar por año, palco en la ópera, no anda á pié nunca, y se levanta al medio dia. Se ve, pues, que mi interlocutora se entregaba mas y mas. Yo mantuve la conversacion como hombre que sin tener nervios no niega que existan, y que sin tener el honor de conocerlos personalmente, ha oido hablar mucho de ellos.

Mad. Kœfford, que habia permanecido simple testigo del combate mientras habíamos escaramuzado en un terreno nacional, viendo que la conversacion versaba en aquel momento sobre una cuestion de humanidad general, hizo un ligero esfuerzo que hizo salir el color á sus mejillas, y dejó caer algunas palabras en medio de nuestro diálogo: tambien tenia nervios la pobre mujer, pero eran nervios del Norte. Esto me proporcionó la ocasion de establecer una distincion muy sutil y muy sabia sobre el modo de sentir segun los grados de latitud, y quedó demostrado claramente á aquellas señoras al cabo de algunos minutos, lo mucho que yo me habia ocupado de la diferencia de las sensaciones.

Vacilaba cada vez mas mi compatriota en fijar su juicio sobre mi especialidad. Para ser nada mas que artista, era yo demasiado hombre de mundo, y para no ser mas que un hombre de mundo era demasiado artista; hablaba demasiado bajo para agente de cambio, muy alto para médico; y dejaba hablar á mi interlocutora, con lo que probaba que no era abogado.

En aquel momento entró Mr. Brunton con el rostro cómicamente trasformado, se dirigió en derecha á Mr. Kœfford, abismado siempre en guias é itinerarios, y le dijo gravemente:

— ¡Pobre amigo mio!

— ¿Qué es eso? preguntó el gentil-hombre volviéndose en un solo tiempo.

— ¡Habeis leído en vuestro Ebel, continuó Mr. Brunton que los habitantes de Obergeslen fuesen antropófagos?

— No, dijo el gentil-hombre, pero voy á ver si eso está aquí.

Hojeó al instante su libro, llegó á la palabra Obergeslen y leyó en alta voz:

«Obergeslen ú Oberghestelen, penúltima aldea del alto Vallés, situada al pié del monte Grimsel, cuatro mil cien piés sobre el nivel del mar: sus casas son enteramente negras, este color proviene de la accion del sol sobre la resina que contiene la madera de alerce con que están construidas. Las crecidas del Ródano causan en ella frecuentes inundaciones durante el verano.

— Yo no sé lo que queréis decir, continuó gravemente Mr. Kœfford levantando los ojos, ya veis que aquí en todo esto no hay una palabra sobre carne humana.

— Pues bien, amigo mio, hace ya mucho tiempo que os he dicho que vuestros compositores de itinerarios son unos ignorantes.

— ¿Porqué?

— Bajad vos mismo á la cocina, levantad la tapadera de la marmita que hierve al fuego, y subireis á decirnos lo que habeis visto.

El gentil-hombre, que vió un hecho extraordinario que consignar en su libro de memorias, no se lo hizo decir dos veces. Se levantó y bajó á la cocina. Mad. Brunton y yo teníamos grandes ganas de reir. Su marido conservaba invariablemente ese

rostro triste que saben tomar tan bien los hombres chanceros de buen tono. En cuanto á Mad. Kœfford habia vuelto á caer en sus meditaciones, y acostada mas que sentada en su sillón, seguia con los ojos vagamente fijos en el cielo, algunas nubes de forma extraña, que le recordaban las de su patria.

En esto volvió á entrar Mr. Kœfford pálido y enjugándose el sudor de la frente.

— ¡Y bien! ¿qué hay en la marmita?

— ¡Un niño! respondió dejándose caer sobre una silla.

— ¡Un niño!

— ¡Angelito! dijo Mad. Kœfford que habia escuchado sin oír ú oído sin comprender, y que veia sin duda pasar en sueños algun querubín de blancas alas y una auréola de oro.

Cuando se ha contado con una pierna de carnero asada ó una cabeza de ternera, y con esta esperanza se han acallado despues de una hora los murmullos de su estómago al olor de una marmita, y vienen á decirnos despues que la marmita no contiene mas que un niño, aunque este niño fuese un ángel, como le llamaba Mad. Kœfford, es un equivalente demasiado triste para que el apetito no se subleve con el cambio. Ya iba yo á lanzarme fuera del cuarto cuando Mr. Brunton me detuvo por un brazo y me dijo: — Es inútil que vayais á verlo, os lo van á servir.

En efecto, muy pronto entró la criada trayendo en una fuente y tendido sobre un lecho de yerba un objeto que tenia la apariencia perfecta de un niño recién nacido desollado y cocido.

Las señoras dieron un grito y volvieron la cabeza, M. Kœfford se levantó de su asiento, se aproximó

con la muerte en el alma al primer servicio, y despues de haberlo mirado atentamente dijo con un profundo suspiro: — ¡Era una niña!

— Señoras, dijo Mr. Brunton sentándose y afilando un cuchillo, he oido decir que en el sitio de Génova, durante el cual, lo sabeis, Massena convidó un dia á todo su estado mayor á comer un gato y doce ratones, habiase observado en medio de la miseria general de nuestras tropas, un regimiento que se mantenía tan fresco y tan dispuesto cual si no hubiera habido hambre. Despues de rendida la ciudad preguntó el general en jefe al coronel sobre aquella extraña excepcion. Este confesó entonces ingenuamente que sus soldados habian venido á pedirle permiso para comer carne de austríacos, y que él no habia creído deberles rehusar tan ligero favor; añadió tambien que como coronel le enviaban los mejores pedazos con la regularidad de una atribucion de víveres ordinaria, y que á pesar de su primitiva repugnancia habia concluido por encontrar que los vasallos de S. M. I. eran un manjar muy agradable.

Redobláronse los gritos.

Entonces Mr. Brunton levantó muy delicadamente la espalda del objeto en cuestion, y se puso á atacarla con tanto apetito como Ceres cuando devoró la espalda de Pélope.

En aquel momento entró la criada, y viendo que solo Mr. Brunton estaba sentado á la mesa, dijo:

— ¡Y bien! señoras, ¿qué, no comeis marmota?

Recobramos la respiracion; pero aun entonces que sabíamos el secreto, no nos chocaba menos la semejanza del cuadrúpedo con el bípedo, sobre todo sus manos y sus piés, articulados cual miembros

humanos, bastando solos para impedirme el probar de aquel manjar que tanto me habia alabado Willer, subiendo el Faulhorn.

— ¿Y no teneis otra cosa? pregunté á nuestra camarera.

— Una tortilla, si gustais.

— Venga una tortilla, dijeron aquellas señoras.

— Pero ¿sabeis hacerla? Una tortilla, dije yo volviéndome á aquellas señoras, es en la cocina lo que el soneto en la poesia.

— Me parece al contrario, respondieron ellas que es el A B C del arte.

— Leed á Boileau y á Brillat-Savarin.

— ¿Oís, muchacha? dijo Mr. Koefford?

— ¡Oh! en cuanto á tortillas, todos los dias las hacemos, y á Dios gracias nunca se han quejado de ellas los viajeros. Lo vereis...

Marchó la muchacha á hacer su tortilla. Diez minutos despues trajo una especie de galleta chata y dura que cubria toda la superficie de un enorme plato. Desde la primera ojeada ví que nos habian robado, mas no por eso dejé de cortarla y servir un trozo á cada una de las señoras. Estas, apenas la habian llegado á los labios, tiraron los platos, yo intenté hacer la misma prueba: mis previsiones no me habian engañado, pues tanto hubiera valido morder la manta de una cama.

— Hija mia, le dije á la criada, esta tortilla es execrable.

— ¿Cómo puede ser eso? si se le ha echado todo lo necesario.

— ¿Qué decís, señoras mias?

— Decimos que esto es para desesperarse, y que nos moriremos de hambre.

— En los casos desesperados es menester dejar algo á la casualidad. ¿Quieren estas señoras, que yo pruebe á hacer una?

— ¿Una tortilla?

— Una tortilla, repliqué yo inclinándome modestamente.

Aquellas señoras se miraron.

Mr. Kœfford dijo levantándose con viveza, y agarrándose á la única tabla de salvacion que veia flotar en las aguas, pues que este caballero tiene la bondad de ofrecernos...

— Con tal, repliqué yo, que Mr. Brunton y vos me sirvan de pinches.

— Con mucho placer, exclamaron aquellos dos señores con una espontaneidad que denotaba la confianza del hambre; con mucho placer, añadieron las señoras con una sonrisa de duda.

— Pues en ese caso, dije á la criada, venga manteca, huevos y nata fresca.

Encargué á Mr. Brunton que picase las yerbas, y á Mr. Kœfford que batiese los huevos, agarré el mango de la sartén é hice la mezcla con una gravedad que encantó á aquellas señoras.

Ya la tortilla se freía en la manteca y todo el mundo me miraba con grande interés, cuando Mr. Brunton interrumpió el silencio general.

— Caballero, me dijo, ¿seria indiscrecion preguntaros á quién tenemos el honor de tener por cocinero?

— ¡Oh! Dios mio, no, señor.

— Es que estoy convencido de que os he visto en Paris.

— Y yo tambien. — Tened la bondad de pasarme la manteca. — Gracias. — Eché algunos pedazos

sobre la tortilla que comenzaba á pegarse, á fin de que no se quemase.

— Estoy seguro que si me dijérais vuestro nombre.....

— Alejandro Dumas.

— ¡ El autor de *Antony!* exclamó madama Brunton.

— El mismo, respondi yo echando en el plato la tortilla perfectamente hecha y poniéndola en la mesa.

— Sin escuchar ninguna felicitacion ni por el drama ni por la tortilla, alcé los ojos; la sociedad estaba estupefacta. Parecia que se habian formado de mi persona una idea mucho mas poética que la que les ofrecia el prospecto que acababa de darles. Por desgracia la tortilla se halló que estaba excelente. Las señoras se la comieron hasta el último pedazo.